

PESCADORES DE BUENA FÉ

Sabido es el cuento del pescador aragonés que pretendía coger peces sin cebar el aparejo y que interrogado sobre las causas de tan extraña determinación contestó:

—Yo no engaño á nadie; el pez que buenamente quien picar, que pique, y el que no, que lo deje.

Parece mentira ¿eh? Y, sin embargo, es tan verdad como el Evangelio. Tampoco lo creía yo; me parecía imposible que la buena fe del bicho humano llegara á extremos tales, por más que, tratándose de pescadores aficionados, lo inverosímil adquiere con frecuencia marcadísimos caracteres de realidad.

Pero hoy puedo asegurar, sin temor de que nadie me desmienta, que ese tipo de pescador existe, ¿qué digo existe? da quince y falta al aragonés del cuento.

Porque, seamos justos, el hombre iba á tiro hecho, sabiendo de antemano que los peces no habían de picar; y si volvía á casa de vacío, la cosa estaba prevista y no podía sorprenderle.

Es como el cazador aquel que se pasaba las horas muertas apuntando á la mar desde el muelle de un puerto, cuyo nombre he olvidado.

—¿Qué demonio hace V. ahí?—le preguntaron.

—Cazar liebres—contestó impávido.

—¿Liebres?

—Sí, señor; liebres.

—¿Aquí, en el muelle?

—Sí, señor; aquí, en el muelle. ¿No dicen que donde menos se

piensa, salta la liebre? ¡Pues como no salte aquí, no se dónde va á saltar!...

De modo que el aragonés que pescaba sin cebo y el cazador que esperaba á las liebres en la mar, son dos tipos iguales, porque se dedican á un ejercicio fantástico, del cual no esperan sacar resultado alguno

Lo grande, lo inmenso, lo inverosímil, es que haya pescadores de tan buena fe que hagan, con cebo, lo que el baturro pretendía hacer á anzuelo limpio.

¡Y los hay! Yo los he visto y veo todos los días aquí, y hablo con ellos y los observo y estudio y admiro, y hasta los he amenazado con hacerlos carne de Madrid Cómico. Y han alzado los hombros en señal de desprecio soberano, y me han mirado con esa mirada húmeda, fija é inexpressiva del pez, cuya idiosincrasia acaban por asimilarse estos incomparables pescadores. Voy á tratar de pintarlos con la mayor exactitud posible.

El pescador de alta mar tiene la cala, espacio donde sabe que el pescado se encuentra reunido; el pescador de muelle sabe el lugar y la hora de la marea más propicios para realizar una buena pesca; el que va á doncellas (julias) y demás pescado de peña, no tiene sino fondear al lado de la costa y volver repleto.

Todos se fundan en algo, conocen el cebo más atractivo, el marea je, el sitio, el fondo, van á cosa hecha y pescan con estrategia y táctica admirables

Para el pescador de buena fe no existe nada de eso. Desprecia todo lo que es limitado, le importa tres pitos que la marea suba ó baje ó se esté queda, y desdeña la caña, desdeña la pesca segura, desdeña el aparejo corto y desdeña la embarcación.

Pesca siempre desde el muelle exterior y se coloca en sitios desde el cual puede echar el aparejo á alta mar como quien dice, á la mar sin límites cercanos, donde hay millones de peces y, entre ellos, uno, el solo, el único que espera el pescador.

Toda la clave del enigma está ahí, el pescador de buena fe desprecia la cantidad. Hay que ver la insultante indiferencia con que mira á los aficionados que se hallan á su lado frecuentemente y se hartan de coger con caña albanos (panchos), corcones (mugles), chicharros y otros peces que abundan sobre las peñas, en la parte exterior del muelle

Todo eso es pequeño, infantil, y hasta odioso para él; representa lo que un cazador de gorriones con liga ó alondras con espejuelo representaría para Tartarín de Tarascón en pleno desierto de Sahara.

Donde los demás buscan los peces, él busca el pez, el pez heteróclito, el pez fantástico el pez ideal que ha de venir desde la inmensidad del Océano á engullir una sardina clavada en la punta de un anzuelo monumental.

En el pescador de buena fe todo es grande: grande el espacio, grande el aparejo, grande el plomo y grande el anzuelo, un enorme punto de interrogación tan grande como el puño de un cayado.

A las nueve de la mañana sale el hombre andando hacia el lugar del suplicio, con una docena de sardinas frescas envueltas cuidadosamente en un pedazo de papel de estraza.

Mientras los demás pescadores van deprisa, alegres, con su caña al hombro y la esperanza en el corazón, él camina despacio, frío, majestuoso, imponente, con su papel de sardinas en la mano y el aparejo en el bolsillo, con la estoicidad prodigiosa de quien va á librar batalla importantísima y conoce previamente el resultado.

Llega al puesto, deja las sardinas en el suelo, arma el aparejo, ensarta el cebo con la misma tranquilidad con que acabo de ensartar yo, sin querer, cuatro asonantes casi seguidos, coge el cordel con la mano derecha, le da dos vueltas de honda y lo lanza á la mar.

Desde este instante el pescador se convierte en marmolillo. Se ve un brazo que sobresale del muro, se divisa un pedazo de cordel que cuelga de una mano, y se acabó la función, es decir, empieza la función.

Pasa un cuarto de hora, pasa media hora, y al cabo de ella dos manos cobran lentamente el aparejo. El cordel va saliendo poco á poco del agua, las manos se adelantan para evitar el roce del anzuelo contra la pared, sube el cordel y llega á su término, y aparece por fin el colosal anzuelo, ostentando la espina dorsal de la sardina que han comido completamente los albanos.

El pescador quita del anzuelo aquel ejemplar de disección ictiológica, lo reemplaza por una sardina entera, vuelve á hondear el aparejo lo lanza nuevamente á la mar y continúa la pesca una hora, y un día, y un mes, y medio año, con el mismo cordel, con iguales sardinas, con idénticos anzuelos monstruosos.

—¿Pican?—se les pregunta.

—Ni sentir—contestan plácidamente.—Todo se lo comen los albanos.

Y dicen eso sin ira ni despecho, persuadidos de que ha de pasar así, sin que nadie pueda remediarlo, y convertidos en San Luis de Gonzaga de los peces niños que se engullen santamente la sardina y saben (no me cabe duda) el sitio en que se coloca el pescador y la hora á que acude para la pesca.

Y así se pasan la primavera, el verano y el otoño, siempre en los mismos puestos, soportando el aire, la lluvia, el sol y las cuchufletas de los transeuntes, y expuestos á coger un reuma, una insolación, un catarro ó unas viruelas.

Nadie se ría de esto último; dos veces al año suele trabarse en el anzuelo un pez terrible, de forma romboidal, color de café con leche, con alas viscosas y un terrible pincho en la cola. Ese pez se llama en vascuence baztanga (viruela), y posee la deliciosa propiedad de clavar su pincho en la mano del pescador, por poco que este se descuide, é inferirle una herida que hace ver las estrellas al más pintado.

Estas son las viruelas que coge de higos á peras el pescador de buena fe. En cuanto las tiene en el suelo las atraviesa la cabeza con un cuchillo, pone un pié sobre la cola del animal, corta el pincho con grandes precauciones, arroja al agua el pez ó lo regala á una pescadora para cebo, y... vuelta á la sardina y á la honda y á todas las operaciones de que queda hecha mención.

De vacío no vuelven siempre; hay que hacerles esa justicia. Yo he visto á uno de ellos sacar, en cuatro días, un cesto lleno de yerbajos, el aro de una barrica, dos alpargatas y un chaleco de Bayona, restos informes de algún drama submarino ó bromas de peces guasones, que tambien debe haberlos en el mar.

Y con la misma indiferencia, con la misma plácida beatitud sacan ellos cualquiera prenda ó artefacto que si agarrarán una andeja de seis libras ó una burriota de tres.

Porque hay que advertir que lo que van á pescar es eso: burriotas y andejas, peces maravillosos que ellos deben haber inventado, y de los cuales ningún nacido les ha visto hasta ahora coger un ejemplar.

Eso si, ellos cuentan y no acaban.

—Mire Vd., aquí, en este mismo sitio, saqué yo el día 6 de Mayo de 1857, á las dos y media de la tarde (hacia sol y había un poco de marejada), una andeja de nueve libras.

Y, una vez en marcha, sueltan por aquella boca lo que no es decible; andejas monstruosas: burriotas inverosímiles, congrios atroces. Y todo ello queda reducido á algún pulpo fenomenal que sacan de vez en cuando, si no les cuesta el aparejo, y á las cestas, alpargatas y chalecos de Bayona que caen como bendiciones de Dios.

—Ya no hay pesca—exclaman;—ahora echan redes de noche, hacen atrocidades y el pescado no viene.

—Pues entonces ¿por qué pescan Vds?

—¡Psch! Pasar el rato.

¡Y llaman á eso pasar el rato! Y hasta tal punto es cierto que lo pasan, que el diablo me lleve si no estoy persuadido de que se aburrirían más si pescasen que no pescando.

Aquí hay dos pescadores de buena fe, que son prototipos del género. El uno, pacienzudo; impertérrito, superior se llama (para que se vea que no lo invento), D. Angel Louvelli, y lo conocen todos por el diminutivo de su nombre de pila, Angelito.

Lo veo todos los días y todos los días me dice lo mismo:

—Daría cinco duros por sacar aquí un pez, delante de tí.

¡Y nada! desde el 15 de Junio hasta la fecha le he visto sacar lo que digo antes: una cesta con algas. el aro de una pipa, un par de alpargatas y un chaleco de Bayona. Un día, es verdad, sacó una viruela, pez que no cuenta ni para él ni para nadie, y únicamente puedo decir que tuvimos que hacer prodigios de gimnasia para que no nos metiera el pincho. Gracias á que se acercó un pescador de verdad, que sinó todavía está la viruela clavada en el anzuelo.

El otro prototipo se llama D. Pantaleón Quenoestoy, y es, como carácter, el reverso de la medalla. Pequeño enjuto, nervioso, va á pescar con afición desatinada.

Larga el aparejo, agarra la punta con mano impaciente, echa hacia atrás la pierna derecha adelanta el cuerpo, clava los ojos en la mar y así se está las horas muertas con afán y entusiasmo indescriptibles, como cazador en acecho. Su silueta se destaca sobre la pared del muelle como el filo de una navaja de afeitar.

Una noche fué á pescar chardietas (anguilas de mar) al puerto; equivocó la hora de la marea y echó el aparejo en seco. Enseguida agarró la punta con mano impaciente, echó hacia atrás la pierna derecha, adelantó el cuerpo, clavó los ojos en la oscuridad y esperó poseído de su afán y entusiasmo consuetudinarios.

De repente ¡zas! una picada. El hombre dió un tirón y... nada. Creció su ansiedad, afinó su postura y ¡zás! otra picada mayor. Volvió á tirar y creyó que se había enganchado una chardieta en el anzuelo.

Haló con jubilo, se trajo el pez, y al ir á desengancharlo sintió una mordedura; dió un grito de dolor y se encontró... ¡con una enorme rata!

Cuando le hablan de eso se pone lívido. Dice que la rata le picó, eso sí; pero que quien diga que la pescó miente.

Yo me lavo las manos.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

